



El Prelado del Opus Dei acompaña a Cristo contemplando cada una de las escenas que marcan estos días

Del domingo de Ramos al domingo de Resurrección, Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, acompaña a Cristo contemplando cada una de las escenas que marcan estos días

Audio: [Meditación para este día](#) (voz de Mons. Javier Echevarría)

[Meditaciones sobre la Semana Santa \(Formato ePub\)](#)

El Evangelio de la Misa termina con el anuncio de que los Apóstoles dejarían solo a Cristo durante la Pasión. A Simón Pedro que, lleno de presunción, afirmaba: **yo daré mi vida por ti, el Señor respondió: ¿conque tú darás mi vida por mí? Yo te aseguro que no cantará el gallo, antes de que me hayas negado tres veces.**

A los pocos días se cumplió la predicción. Sin embargo, pocas horas

antes, el Maestro les había dado una lección clara, como preparándoles para los momentos de oscuridad que se avecinaban.

Ocurrió el día siguiente a la entrada triunfal en Jerusalén. Jesús y los Apóstoles habían salido muy temprano de Betania y, con la prisa, quizá no tomaron ni un refrigerio. El caso es que, como relata San Marcos, el Señor **sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó por si encontraba algo en ella;** pero cuando llegó no encontró nada más que hojas, porque no era tiempo de higos. Y la increpó: **"¡que nunca jamás coma nadie fruto de ti!"**. Sus discípulos lo estaban escuchando.

Al atardecer regresaron a la aldea. Debía de ser una hora avanzada y no repararon en la higuera maldecida. Pero al día siguiente, martes, al volver de nuevo a Jerusalén, todos contemplaron aquel árbol, antes frondoso, que mostraba las ramas desnudas y secas. Pedro se lo hizo notar a Jesús: **Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado. Jesús les contestó: "Tengan fe en Dios. En verdad les digo que cualquiera que diga a este monte: arráncate y échate al mar, sin dudar en su corazón, sino creyendo que se hará lo que dice, le será concedido"**.

Durante su vida pública, para realizar milagros, Jesús pedía una sola cosa: fe. A dos ciegos que le suplicaban la curación, les había preguntado: **¿creéis que puedo hacer eso? -Sí, Señor, le respondieron. Entonces les tocó los ojos diciendo: que se haga en vosotros conforme a vuestra fe. Y se les abrieron los ojos.** Y cuentan los Evangelios que, en muchos lugares, apenas realizó prodigios, porque a las gentes les faltaba fe.

También nosotros hemos de interrogarnos: ¿cómo es nuestra fe? ¿Confiamos plenamente en la palabra de Dios? ¿Pedimos en la oración lo que necesitamos, seguros de obtenerlo si es para nuestro bien? ¿Insistimos en las súplicas lo que sea preciso, sin descorazonarnos?

San Josemaría Escrivá comentaba esta escena del Evangelio. **«Jesús -escribe- se acerca a la higuera: se acerca a ti y se acerca a mí. Jesús, con hambre y sed de almas. Desde la Cruz ha clamado: sitio! (Jn 19, 28), tengo sed. Sed de nosotros, de nuestro amor, de nuestras almas y de todas las almas que debemos llevar hasta Él, por el camino de la Cruz, que es el camino de la inmortalidad y de la gloria del Cielo»**.

Se llegó a la higuera, no hallando sino solamente hojas (Mt 21, 19). Es lamentable esto. ¿Ocurre así en nuestra vida? ¿Ocurre que tristemente falta fe, vibración de humildad, que no aparecen sacrificios ni obras?

Los discípulos se maravillaron ante el milagro, pero de nada les sirvió: pocos días después negarían a su Maestro. Y es que la fe debe informar la vida entera. **«Jesucristo pone esta condición»**, prosigue San Josemaría: **«que vivamos de la fe, porque después seremos capaces de remover los montes. Y hay tantas cosas que remover... en el mundo y, primero, en nuestro corazón. ¡Tantos obstáculos a la gracia! Fe, pues; fe con obras, fe con sacrificio, fe con humildad»**.

María, con su fe, ha hecho posible la obra de la Redención. Juan Pablo II afirma que *en el centro de este misterio, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, Madre soberana del Redentor (Redemptoris Mater, 51)*. Ella acompaña constantemente a todos los hombres por los senderos que conducen a la vida eterna. *La Iglesia, escribe el Papa, contempla a María profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que "no caiga" o, si cae, "se levante" (Redemptoris Mater, 52)*.

María, Madre nuestra: alcánzanos con tu intercesión poderosa una fe sincera, una esperanza segura, un amor encendido.

(Este texto forma parte de ocho meditaciones breves de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, sobre cada uno de los días santos, que la cadena de radio EWTN de Estados Unidos emitió en 2004).